

Errenteria en la Segunda Guerra Carlista (1872-1876)

José Antonio Recondo Bravo

De los muchos episodios traumáticos, pronunciamientos, golpes de estado, alzamientos, conflictos sociales y políticos, etcétera, que sucedieron en la España del siglo XIX destacan por su importancia las tres guerras carlistas. La segunda guerra carlista, guerra de los “matinés”, afectó solo a una pequeña zona de Cataluña y por un breve espacio de tiempo. Las otras dos, primera guerra carlista (1833-1840) y tercera guerra carlista (1872-1876), tuvieron como escenario principal las provincias vascas y Navarra. De ahí, que actualmente estas dos contiendas sean consideradas como conflictos civiles entre vascos. Para los vascos, la segunda guerra carlista es la confrontación que tuvo lugar en el periodo de 1872-1876.

Han transcurrido casi 150 años desde la finalización de la última guerra carlista que asoló el territorio vasco navarro. Alguno puede pensar que ya va siendo hora de olvidar estos episodios históricos, tristes, lejanos en el tiempo, y superados.

Sin embargo, las guerras carlistas y en especial, la segunda, han influido de forma decisiva en la génesis de nuestra identidad como pueblo y jugado un papel importante en la construcción de lo que es nuestro modelo de gobierno actual.

A los cuatro meses de finalizada la guerra, el gobierno alfonsino de la Restauración presidido



por Cánovas de Castillo decretaba, un 21 de julio de 1876, la abolición de los fueros en las provincias vascas. La orden conmocionó a toda la población. De un plumazo quedaron suprimidas las normativas de autogobierno que habían pervivido con nosotros durante al menos medio milenio. Para evitar desórdenes, el Gobierno Central declaró la ley marcial y una fuerza de 40.000 hombres se estacionó en el territorio vasco donde permaneció durante tres años.

En adelante, los vascos debían de pagar impuestos al Estado. Como la Administración Central carecía de base de implantación y suficiente estructura en el País Vasco, se ideó una fórmula provisional para salir del paso: las diputaciones provinciales se responsabilizarían de la recogida de los impuestos y posteriormente, éstas ingresarían en las arcas de la hacienda estatal una cantidad pactada o cupo. Nació así el llamado Concierto Económico o Cupo, que ha prevalecido hasta la actualidad.

La ley abolitoria obligaba a los vascos a servir en el ejército. Esta disposición provocó enorme rechazo en la sociedad. La aversión de los vascos se debía a la duración del servicio, cuatro largos años, y a los peligros que conllevaba. Además, para agravar la situación, el peso del servicio militar recayó sobre los hijos y nietos de los carlistas. Durante cerca de 50 años las familias liberales quedaron exentas del servicio militar.

Sin lugar a dudas, la supresión foral fue percibida por todos los habitantes, fuera cual fuese su filiación, como un castigo colectivo a todo un pueblo por su conducta en la guerra. Esta interpretación determinó que en las generaciones posteriores se acrecentase el sentimiento de identidad como pueblo, que alcanzó su cenit a finales del siglo con la llegada del nacionalismo.

Durante los años que precedieron a esta guerra, surgieron en España ideas y planes

muy interesantes de reestructuración y modernización del Estado, que no pudieron llevarse a efecto debido al estallido del conflicto armado, pero que siguen actuales.

En septiembre de 1868, un grupo de militares progresistas dio un golpe de estado que derribó la monarquía borbónica representada por Isabel II. El episodio marcó el final de un largo trayecto histórico de gobiernos muy restrictivos, en cuanto al disfrute de derechos y a la participación en la vida política, y dio paso a un periodo con libertades. Fue el llamado Sexenio Democrático. Por primera vez se pudo debatir sin cortapisa alguna, sobre conceptos y cuestiones que todavía están sin resolver, como son: la forma de gobierno, monarquía o república; la estructura del Estado, federal o confederal; el derecho a la autodeterminación; la separación de Iglesia y Estado, etc. Desgraciadamente, el experimento duró poco.

Mientras en el seno de la sociedad se discutía la forma de gobierno, Monarquía o República, el gobierno provisional de la nación actuando de forma acelerada, en un periodo de pocos meses, emitió una serie de leyes demasiado avanzadas para un país todavía anclado en el Antiguo Régimen, que provocaron el rechazo frontal de los dos grupos situados en los extremos del espectro sociopolítico, esto es, de los carlistas por un lado y los republicanos radicales por el otro.

Los carlistas y los “neocatólicos” se asustaron del cariz anticlerical de algunas de las medidas del gobierno. Así, en Gipuzkoa, se asistió al cierre de conventos de clausura en algunos pueblos, Zumaia, Errenteria, Tolosa, Azpeitia, etc. También se clausuró el seminario de los jesuitas en Loyola y el colegio que la Orden regentaba en San Sebastián, ya que en adelante la enseñanza debía de ser laica.

Los republicanos radicales, que creían en un Estado de corte confederal, se sintieron estafados por los diferentes regímenes que se sucedieron en el poder, la monarquía de Amadeo I primero y después la república, cuyos gobiernos se afanaron en moderar los impulsos iniciales de la revolución septembrina.

Ambos grupos terminarían enfrentándose al Gobierno con las armas. De modo que en España estallaron dos guerras civiles a la vez, con el agravante de que en Cuba se desató otro conflicto similar entre pro españoles de ideología conservadora y partidarios de la esclavitud, por un lado, y pro independentistas, más progresistas y antiesclavistas por el otro.

En la zona norte, la guerra se circunscribió al pequeño territorio de las provincias vascas y Navarra. El peso económico del esfuerzo bélico recayó casi en exclusiva sobre los ayuntamientos y diputaciones vasco navarros, por lo que terminaron arruinados.

Obligadas a abastecer a ambos ejércitos contendientes, las instituciones vascas no fueron debidamente resarcidas. Todavía a comienzos del XX, el Gobierno Central no había abonado las deudas contraídas por los suministros al ejército gubernamental.

Errenteria se alineó en el bando liberal. La villa no sufrió en sus carnes los terribles bombardeos de San Sebastián, Irún y sobre todo de Hernani y Getaria, pero sí padeció al igual que la mayoría de los pueblos guipuzcoanos los rigores de la guerra.

Los carlistas situados a pocos metros del casco urbano, obstaculizaban la actividad industrial y comercial, que llegaría a cesar por completo.

PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA. Avances carlistas en el Norte

La guerra se inició el 20 de diciembre de 1872. Otros levantamientos anteriores, agosto de 1870 y abril de 1872, fracasaron estrepitosamente.

Esta vez, los insurgentes iban actuar de forma diferente. Iban a seguir una estrategia de guerrilla, de combates a pequeña escala. Las partidas carlistas iniciales daban pequeños golpes y se retiraban de inmediato. Jugaban al gato y al ratón con el ejército.

Los voluntarios estaban mal armados y no disponían de uniformes. Muchos combatientes portaban palos, o escopetas, o catalejos, etcétera, cualquier objeto les servía como arma. Pero en cuestión de pocos meses se creó un ejército bien adiestrado capaz de enfrentarse con éxito a los gubernamentales en campo abierto. Los voluntarios tenían una fe ciega en la bondad de sus ideales que no eran otros que la defensa de la religión y de sus tradiciones. Creían a pie juntillas que la imagen del Sagrado Corazón que llevaban bordadas en sus camisas, les protegía de las balas y bayonetas del enemigo. Los combatientes guipuzcoanos, tras oír misa y comulgar, se lanzaban contra el enemigo llenos de ilusión cantando el himno de San Ignacio

La proclamación de la República, el 12 de febrero de 1873, a los dos meses del inicio de la guerra, ayudó mucho a los intereses de los sublevados.

Muchos burgueses, capitalistas y conservadores, que se habían mantenido expectantes hasta aquel entonces, ahora ofrecían su apoyo a D. Carlos ante el temor de que el gobierno republicano dictase medidas revolucionarias, tales como el reparto de tierras, impuestos a la riqueza, etc.



El pueblo madrileño festeja la llegada de la república

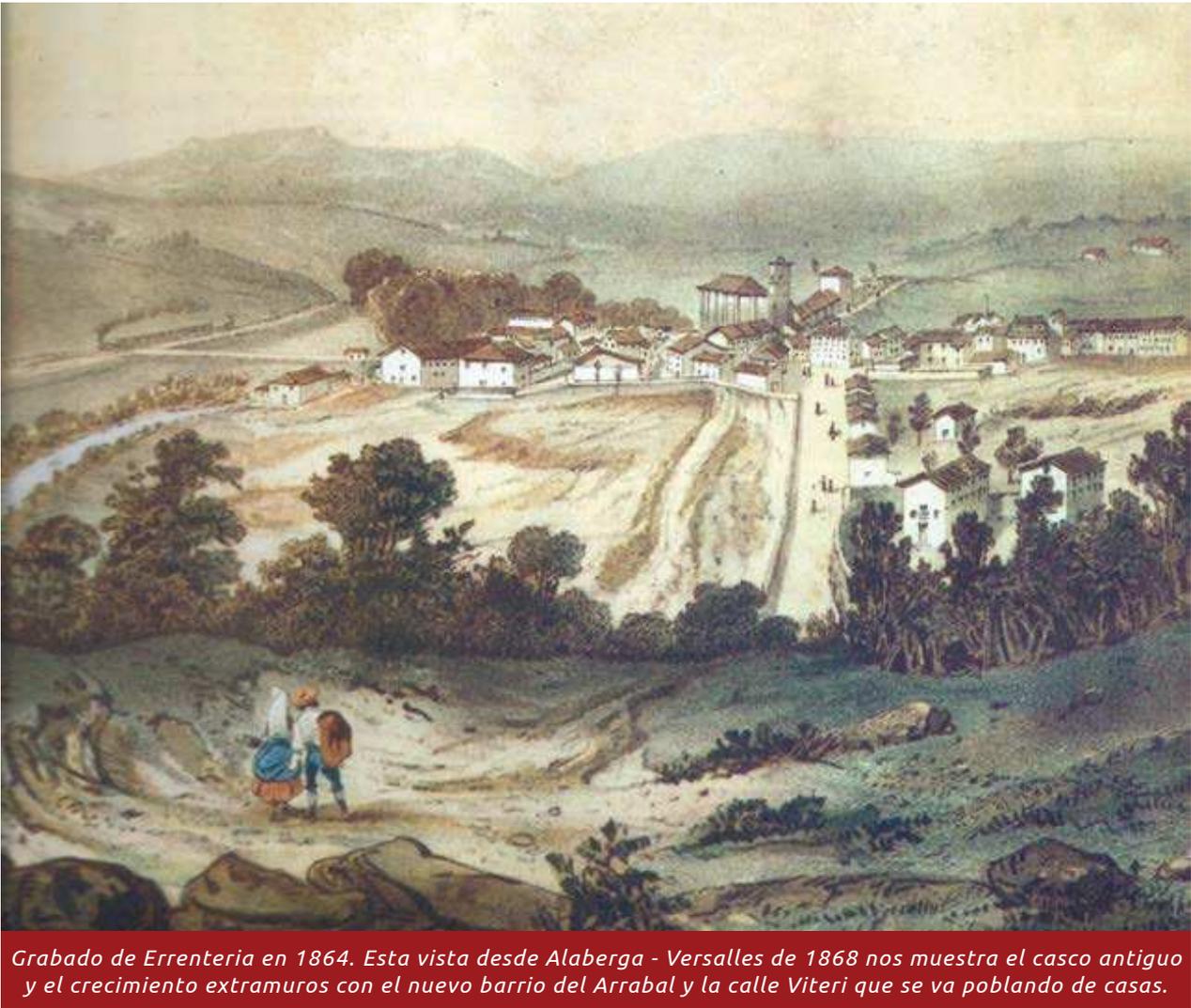
En las provincias vascas y en Navarra la llegada de la República provocó un alistamiento masivo de los jóvenes en las filas rebeldes. Al principio se enrolaban de manera voluntaria, alentados por los párrocos que consideraban que la República era el demonio que iba a destruir la Iglesia. Pero posteriormente fueron obligados por las autoridades carlistas. Así, en abril de 1873, el diputado general de Gipuzkoa decretó el reclutamiento masivo de todos los hombres entre 18 y 40 años. De un plumazo miles de jóvenes inundaron las filas carlistas

El auge carlista se produjo en un momento de debilidad en el seno del ejército, que estaba desmoralizado, desunido y sin medios. Los soldados no recibían las pagas. Había agentes infiltrados entre las tropas, republicanos radicales, que animaban a sus compañeros a no combatir.

Como respuesta al decreto de alistamiento del diputado general carlista, el gobernador de

Gipuzkoa ordenó que en todos los pueblos se organizaran milicias de defensa o "voluntarios de la libertad" en un número equivalente al 4% de la población, y que se llevaran a cabo obras de fortificación. La medida llegó tarde para muchos pueblos que, por temor a la partida del cura Santa Cruz o por razones ideológicas, no contaron con vecinos dispuestos a empuñar las armas por la República. Fue el caso de Oiartzun, abrumadoramente carlista, que apenas pudo reunir una pequeña fuerza de 30 vecinos que se atrincheró en la casa consistorial.

En poblaciones grandes como Hernani, Tolosa, Eibar, San Sebastián, Irún, etc., y también en Errenteria, ya existían unidades de voluntarios que habían sido creadas en el verano-otoño de 1869, para controlar el orden público antes las primeras algaradas y protestas callejeras que se estaban produciendo. Ahora la circular gubernativa obligaba a estos pueblos a incrementar sus efectivos y levantar defensas.



CARLISTAS Y LIBERALES EN ERRETERIA

Por aquel entonces Errenteria tenía 3.200 habitantes. La villa había crecido mucho en población como consecuencia de la intensa industrialización que había sufrido desde la década de los cuarenta.

La ideología carlista ya no era la fuerza tan abrumadoramente dominante de antaño. La mayoría de los industriales, de los propietarios urbanos, de las profesiones, así como de buena parte de los comerciantes y obreros, se mostraron partidarios del orden constitucional.

Por el contrario, el clero, la inmensa mayoría de los colonos y propietarios de caseríos abrazaron la causa del carlismo. El párroco, José Ramón Irigoyen, se unió a los rebeldes, mientras

que los presbíteros, José Gregorio Lecuona y Antonino Echeverría, así como el capellán de las Agustinas, José Zalacain, huyeron a Francia.

José María Juanmartiñena, director y principal accionista de la Fábrica de Lino, en aquel entonces la principal industria del pueblo, fue uno de los pocos empresarios de ideología carlista. Profundamente católico, no cabía en su mente el menor atisbo de liberalismo y se exilió en Francia. Con Juanmartiñena se fueron sus ayudantes, incluido el director técnico de la fábrica, el francés Esteban Elizalde. El primero carlista y luego integrista Matías Samperio quedó al cuidado de las instalaciones.

Sin grandes dificultades se pudo reunir un escogido grupo de 72 voluntarios de la libertad, que entró en servicio el 28 de agosto de 1869.

El notario del pueblo, Teodoro Gamón, fue el encargado de organizar la compañía. Gamón, tras cumplir con éxito su misión, cedió el puesto de capitán a Tomás Tabuyo, que era el teniente más antiguo.

Ofensiva carlista en el verano de 1873

En el verano de 1873, a los ocho meses de comenzar la guerra, los carlistas lanzaron una ofensiva en todos los frentes y se hicieron dueños de casi todo el territorio vasco navarro. Solamente las capitales y alguna que otra población importante quedaron bajo control liberal.

En el caso concreto de Gipuzkoa, desde primeros del mes de agosto, las poblaciones en el oeste de la provincia Oñate, Arrasate, Elgoibar, Azpeitia, Eibar, etcétera, fueron cayendo en poder de los sublevados.

El siguiente objetivo del comandante en jefe de los carlistas en la provincia, Antonio Lizárraga, fue la conquista de Tolosa y Oiartzun. Oiartzun tenía una importancia estratégica. Desde Oiartzun y las cumbres vecinas de Urkabe y Arkale, se controlaba con facilidad la comunicación con Irún y la frontera.

Tolosa era una presa muy apetecible. Había sido la capital foral. Era la segunda población por número de habitantes y seguía siendo sede de la diputación foral. Los carlistas consideraban que Tolosa, pueblo industrial y rico, les iba a proporcionar recursos suficientes para poder sufragar los cuantiosos gastos de guerra.

Ambas poblaciones sufrieron un terrible asedio de siete meses. Los intentos liberales para hacer llegar convoyes de auxilio a Tolosa y Oiartzun se saldaban con muchas bajas. Los liberales oiartzuarras se habían fortificado en la casa consistorial. No tenían víveres, ni agua. Cada quince días salía de Errenteria un convoy

de ayuda que tenía que salvar un sinnúmero de obstáculos, parapetos y trincheras, colocados en el camino por el enemigo.

Pero el alto mando militar, que se hallaba en apuros tratando de levantar el asedio a que estaba sometido Bilbao desde agosto, necesitaba de todos sus hombres. De modo que, a finales del mes de febrero de 1874, el gobierno ordenó evacuar Tolosa junto con el resto de poblaciones de la cuenca del Oria y Oiartzun

Andoain y Tolosa en la ofensiva carlista. El "Camino Carlista"

Tolosa y Andoain sirvieron como bases de apoyo en la ofensiva contra las poblaciones todavía bajo dominio liberal: San Sebastián, Errenteria, Pasaia, Lezo, Irún y Getaria. Tolosa se transformó en un centro logístico de primer orden en la retaguardia carlista y en Andoain se estableció el cuartel general carlista.

Andoain fue un nudo de comunicaciones muy importante, los carlistas abrieron un camino militar apto para coches que conectaba la frontera a la altura de Lastaola con Andoain. El tren enlazaba Andoain con Zumárraga. Aquí estaban los depósitos de armas. Los cañones fundidos en Azpeitia iban en una dirección y los proyectiles fabricados en Bera en la otra. En Tolosa se ubicaban los hospitales. Así mismo, de Francia llegaban de contrabando en grandes cantidades, armas, munición y uniformes.

Paralelamente al camino los carlistas habían levantado una línea de fortificaciones y trincheras desde donde amenazaban las poblaciones liberales. Los emplazamientos y trincheras estaban intercomunicados entre sí gracias al "Camino Carlista".

El camino les daba una gran movilidad a los batallones carlistas. Les bastaba mantener unos pocos batallones desplegados en las

posiciones del frente, mientras que el resto se quedaban en la retaguardia esperando ser llamados para acudir en muy pocas horas allá donde se les requiriera. Por el contrario, las poblaciones liberales estaban aisladas unas de otras y sus guarniciones permanecían encerradas dentro de los recintos urbanos.

Emigración a la capital de los habitantes de los pueblos

Las familias liberales huidas de sus pueblos se refugiaron en San Sebastián. La población de la ciudad de aproximadamente 14.000 habitantes se incrementó en varios miles. Hubo hacinamientos y con ellos hicieron acto de presencia las enfermedades y epidemias.

Los voluntarios de la libertad emigrados se integraron en la milicia donostiarra. Se alcanzó una fuerza de 2.000 efectivos, que se responsabilizó de la defensa de la ciudad y

de sus fuertes, mientras que el ejército y los miqueletes se dedicaron fundamentalmente a las operaciones ofensivas en el exterior.

Obras de defensa en las poblaciones liberales

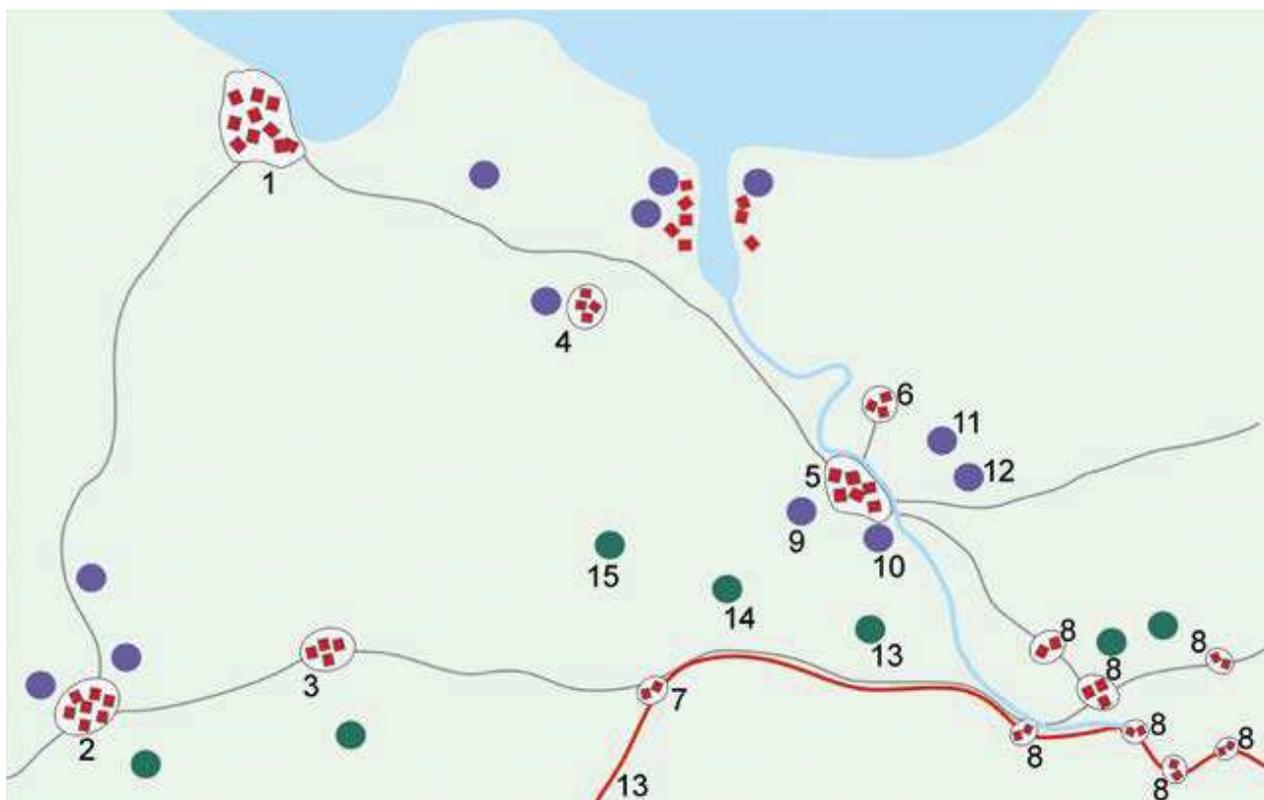
La amenaza carlista se cernía sobre la capital y el resto de poblaciones liberales. Era preciso actuar con rapidez. Había que reforzar las defensas y levantar fuertes en el exterior de las poblaciones. Pero la preocupación principal del alto mando militar era la de evitar que Bilbao cayese en manos del enemigo.

Solamente tras la liberación de la capital vizcaína, en los primeros días del mes de mayo, los militares pusieron su atención en Gipuzkoa.

El peligro carlista llegó a San Sebastián por el sur, por la zona de Hernani.



Componentes de la milicia donostiarra



Dibujo con las posiciones de carlistas y liberales alrededor de Hernani, Pasaia y Erreterria en 1875. San Sebastian (1). Hernani (2). Astigarraga (4). Altza (4). Erreterria (5). Lezo (6). Venta de Astigarraga (7). Barrios de Oiartzun (8). Aramendi (9). Agustinas (10). Darieta (11). Salvatore (12). Tramo del Camino Carlista (13). Autores: J.A. Recondo y E. Salvador

A finales del mes de mayo se produjo el primer intento carlista de ocupar Hernani. La villa fue sometida a un tremendo bombardeo de tres días. Pero al cuarto día los carlistas tuvieron que retirarse al acabárseles las municiones. Fue el inicio de un largo periodo de bloqueo; los bombardeos que se prolongaron durante el resto de la guerra dejaron a la villa en ruinas. Alrededor de Hernani se construyeron los fuertes de Oriamendi, Santa Bárbara, Montevideo y Ametzagaña.

En el dispositivo defensivo de los liberales, el puerto de Pasaia jugaba un papel de suma importancia. La mayoría de suministros que llegaban a los liberales venían por mar desde Santander y eran desembarcados principalmente en el puerto de Pasaia, ya que el puerto de San Sebastián no permitía barcos de gran calado. En torno a Pasaia levantaron varios fuertes, Almirante, Santa Isabel y Lord John. La comunicación de Pasajes con San Sebastián, quedó asegurada gracias a la

construcción de los fuertes de Altza, ubicado en el mismo núcleo urbano y del fuerte en el alto de Miracruz.

Para la seguridad de la bahía de Pasaia, era fundamental que las poblaciones de Lezo y Erreterria se mantuvieran en poder de los gubernamentales.

Erreterria. El peligro carlista

En el transcurso de la guerra los efectivos de la milicia de defensa fueron incrementándose hasta alcanzar los 140 voluntarios de la libertad en julio de 1873. Pero esta cifra todavía resultaba insuficiente. El enemigo vigilante en las alturas de Gogorregi buscaba el momento para, amparándose en la oscuridad de la noche, bajar hasta las puertas del pueblo y abrir fuego sobre los centinelas.

Una zona especialmente peligrosa era el punto de Arramendi y el barrio del Arrabal.

Había abundantes huertas tapiadas y árboles frutales que los carlistas los utilizaban para esconderse. En el barrio abundaban los comercios y sus propietarios encendían por las noches luces para guiar a los francotiradores hacia ellos y así venderles sus productos. Hay que tener en cuenta que muchos de los carlistas que merodeaban por la zona eran vecinos moradores de los caseríos desperdigados del pueblo.

La población vivía en constante temor. A mediados del mes julio de 1873, el pánico se apoderó de los renterianos cuando vieron llegar a las autoridades y vecindario liberal de Oiartzun huidos del pueblo para evitar ser apresados por la guerrilla del cura Santa Cruz. El hecho coincidió con un momento en que los voluntarios de la libertad de Errenteria mostraban signos de agotamiento, tras llevar mucho tiempo realizando una guardia tras otra sin descanso alguno. Fue en estos días cuando se inició un goteo continuo de vecinos de buena posición económica que abandonaban Errenteria para buscar refugio en Pasaia, un lugar mucho más seguro. Tal fue el caso del capitán Miguel Tabuyo, y los voluntarios Probustiano Arizmendi, Saturio Arizmendi, Ramón Londaiz, Pedro Lecuona y otros.

Ante esta situación de peligro el ejército no tuvo otro remedio que establecerse de forma permanente en la villa. Los soldados no estaban fijos, sino que iban turnándose por regimientos.

Errenteria. Guarnición militar y medidas de defensa

El mando militar tomó medidas defensivas drásticas, algunas muy duras y difíciles de aceptar por el vecindario: tala de árboles y derribo de las tapias de las huertas y fincas, cierre de puertas, ventanas y balcones en las casas que miraban al monte. Los comercios

del Arrabal se trasladaron al interior del casco urbano. Se fortificaron algunos de los edificios ubicados en extramuros o en el perímetro urbano, iglesias de Santa Clara, Santa María Magdalena y el convento de las Agustinas.

Se construyeron garitas y torretas-tambores en los accesos a la villa: en la puerta de Navarra o de San Juan en el camino a Oiartzun, en la de San Sebastián, en la puerta de la Magdalena en el barrio del Arrabal, en el antiguo matadero situado en la Puerta del Mar, así como en la puerta de Santa Clara en el camino a Irún y Francia.

En la casa número 24 de la calle de Arriba y en la casa torre de Morrontxo o casa "San Juan" se colocó un cañón y se abrieron puestos de fusileros. También en intramuros se realizaron obras de defensa: cierre de ventanas y puertas y colocación de aspilleras en el ayuntamiento, en la casa del vicario, en la torre-campanario de la iglesia y en el paso cubierto de Mikelazulo. La presencia de los militares no dejó de ser una fuente de problemas para los vecinos.

El ayuntamiento, carente de recursos, pues la actividad industrial y comercial había cesado por completo y los ingresos por arbitrios se habían reducido a una mínima expresión, tuvo que hacerse cargo de los suministros al ejército. No hubo otro remedio que pedir dinero prestado a la Diputación y a particulares. Después de la guerra, se devolvieron con intereses las deudas contraídas.

La fuerza acantonada en la villa disponía de una casa cuartel. Las necesidades de alojamiento fueron aumentando a medida que llegaban tropas para operar en los valles de Oiartzun y el Bidasoa. Además, tras finalizar la guerra, una importante fuerza militar se estacionó en la villa. De ahí, que se fueran destinando más viviendas a cuartel, los números 8 y 10 en la Alameda y el 7 en la calle de Arriba, y sus inquilinos fueran expulsados.

Los árboles de los paseos como el de la Alameda, Alaberga, Galtzaraborda y otros fueron talados y la leña usada como combustible en los cuarteles.

Un incidente grave conmocionó al vecindario. Fue la agresión sexual y asesinato de la joven Eusebia Incharancheta a manos de un soldado del regimiento Luchana.

Por último, el 10 de noviembre de 1874 en el trascurso de las operaciones llevadas a cabo por el ejército liberal para desalojar a los carlistas de las alturas de Gogorregi, San Marcos y Txoritokieta, fueron incendiados y saqueados 35 caseños de la jurisdicción de Errenteria. Algunos de los miqueletes que abrían el paso a las tropas, fueron los autores de los atropellos.

Agradecimientos:

Quiero dar las gracias al personal del archivo municipal de Errenteria por haberme dado toda clase de facilidades en la consulta de la documentación existente en el mismo.

Este breve trabajo forma parte de otro más amplio que recientemente salió publicado en forma de libro con el título "La 2ª guerra carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos".